

OUT OF AFRICA

Primero fue como un hilito de humo en el horizonte. Un cuadro gradando del ocre al rosa. Sólo el hilito se movía en un ángulo casi imperceptible hacia adelante y a la derecha.

Siglos después, el hilo se hizo nube de polvo ocre apagando la luz rosa del cielo. Ellos marchaban. Lenta, sostenida, inexorablemente, avanzaban hacia el ángulo inferior derecho del cuadro.

Venían marchando desde el día que escucharon el llamado, dejando tras de sí tierra arrasada, incendios, desiertos vírgenes.

Marchaban todos juntos desde ese día, deteniéndose sólo para descansar, demorándose en el tiempo de parir los hijos. Y continuaban, alimentándose de frutos, dejando atrás los muertos, como hojas secas que se cubrían rápidamente de polvo, y modificaban la textura del suelo ocre. Avanzaban como ciegos felices, con la vista fija en la derecha del cuadro, reemplazando a los que caían por los que nacían.

Cuando dejaron de ser nube y pudieron distinguirse los cuerpos menudos, los miembros fibrosos, los cráneos magníficos de ébano tallado, empezaron a cantar. Y cantaron durante siglos, todos juntos, lenta, sostenida, inexorablemente. Cantaban y marchaban.

El Observador había hablado en el Principio, y después del llamado, calló. Y permaneció callado mientras seguía con la mirada el avance permanente, ahora a cuarenta y cinco grados, siempre a la derecha.

No respondió a sus ruegos ni a sus alabanzas. Se mantuvo callado y con los ojos abiertos durante toda esa eternidad, desde más allá del horizonte hasta la orilla del cuadro.

Nada iba a sucederles, nada iba a detenerlos. El paraíso terrenal era otro cuadro, pintado por el demonio. Carne animal y vegetal enraizada, entremezclada, fermentando y pudriéndose sin ninguna voluntad, sin ningún propósito. No era ahí donde surgirían los hombres.

Por eso los llamó desde el polvo, desde la ardiente entraña africana, y nada los detuvo, y avanzaron impulsados por el viento que incendiaba matorrales que podrían haberles servido de refugio, y por el sol que secaba los charcos donde abrevaban como bestias, y que nunca se volverían oasis.

Pero avanzaron, transmitiéndose el llamado original.

Cerca del borde, podían verse las grietas rellenas de polvo ocre en las pieles de jóvenes y viejos, las plantas de los pies rotas como piedras, las manos tensas en atados o báculos, los ojos enrojecidos de mirar siempre a la derecha, deteniéndose apenas a descansar o a parir los hijos, cada vez más seguros, casi adivinando sin ver, olfateando el aire, el mar de la promesa.

El fin del viaje estaba cerca. Ya se adivinaban las edades de las mujeres por la flaccidez de sus pechos, las de los hombres por los vacíos en sus dentaduras.

Atrás quedaba el desierto originario, alimentado de las cenizas de los primeros hombres.

Adelante, el Dios de la promesa, más allá del mar dominio de Tethis, siempre adelante, cantando y marchando todos juntos, lenta, sostenida, inexorablemente, hasta la tierra prometida.

Cuentan que así fue que el Creador cerró los ojos y descansó, cuando la especie humana se dispersó sobre la Tierra.